

Con un solo ojo... Semblanza de Javier Collazo

Joaquín Segura

Academia Norteamericana de la Lengua
Española

Nueva York (Estados Unidos)

Conozco a Javier Collazo desde hace más de cincuenta años, a raíz de haberme reemplazado en el puesto de subjefe de traducción de la empresa IT&T al mudarme yo a *Time* y *Life* para trabajar en la nueva revista *Life* en español. Fue una gran suerte para nosotros encontrar y contratar a Javier, pues traía ya de su Cuba natal un gran bagaje científico-técnico. Para empezar, se recibió de bachiller en Ciencias por la Universidad de La Habana, y antes había recibido de la Academia Oficial de Comunicaciones los títulos de telegrafista y radiotelegrafista de primera clase; poco después, el de técnico de radio-comunicaciones. En Estados Unidos trabajó primero en la International General Electric; estuvo luego dos años en la IT&T, y finalmente pasó a la RCA, donde ocupó el cargo de jefe del departamento de traducción; permaneció en esa compañía durante 27 años, hasta su jubilación en 1980.

Observador agudo y ultrametódico, anota cuanta terminología despierta su interés o su curiosidad, para luego guardarla en carpetas y ficheros bien ordenados y rotulados. Así fue cómo acumuló miles de fichas de vocabulario científico y técnico, pensando en publicarlas algún día. En aquella época y durante muchos años, solíamos comer juntos una vez por semana, para tratar de todo lo habido y por haber, pero en especial de problemas de traducción y de lexicografía.

La «cueva» donde trabaja Javier está en la planta baja de su casa. Es una sala amplia en forma de L, de 63 metros cuadrados de superficie (y agrega él, siempre definiendo, «aproximadamente 676 pies cuadrados»). Más que cueva, da la impresión de ser una caverna. Al fondo, donde él trabaja, hay un par de mesas grandes, como de ping-pong, generalmente ocupadas por pilas de papeles, dic-

cionarios y libros de texto que la McGraw Hill le envía a carretadas. Una de las paredes de la L está totalmente cubierta por los ficheros para los dos diccionarios. Al final, junto a un ventanal que da a la calle, unos altavoces grandes, de su equipo estereofónico («con tubos»), que le permiten disfrutar la música clásica y algún que otro aire cubano. Tiene también una radio de onda corta, con la que escucha las noticias mundiales y los mensajes en morse que cruzan el éter. De cuando en cuando practica con su manipulador morse, atornillado a un tablero sobre el escritorio. Radiotelegrafista fue, y radiotelegrafista será toda su vida.

A la entrada de la sala, a un costado, hay una puerta que da al garaje, ocupado por sus dos coches de la época clásica: un Mercedes Benz marrón, modelo 300D, de 1961, muy parecido al cochazo en que se paseaba Hitler, y que tantas veces hemos visto en el cine, salvo que el de éste era blindado y descapotable. El de Javier es un coche cerrado, pero con claraboya grande en el techo. Me comentaba el otro día, refiriéndose al Mercedes del hombre del bigotillo: «Se dice que dentro de los neumáticos tenía unas llantas de acero que le permitían continuar rodando a 120 kilómetros por hora aun después de destrozado el caucho por posibles balas de ametralladora». El modelo que tiene Javier es el primero del mundo que venía con transmisión automática y toda clase de novedades mecánicas y eléctricas. Al lado del Mercedes grande, hay en la cochera otro menos espectacular, de color verde, modelo 180, del año 1962, que Javier usa para desplazarse por el pueblecito de Westfield, en el estado de Nueva Jersey, lindante con el de Nueva York. El coche grande era para días de fiesta. Cada vez que salía a pasear en él se convertía irremisiblemente en blanco de todas las miradas. Últimamente ya no lo usa mucho, pues lo guarda como un tesoro. El año pasado, yendo en él, chocó con otro auto. Por fortuna, no se lesionó, pero hubo de enviar el Mercedes a un mecánico especialista, que encarga las piezas de recambio a Alemania, y ni aún allí quedan ya. A menudo tienen que adaptarlas. Los coches grandes reflejan el gusto de Javier por las cosas grandes, sólidas, como sus diccionarios.

En su primer diccionario trabajó 28 años. Utilizó al principio, durante veinte de esos años, una máquina de escribir manual Olympia (todavía la usa para cosas menores, como escribir sobres,

etc.). En septiembre de 1970, antes de terminar aquel diccionario, sufrió un accidente que casi le costó la mano derecha, y que de todas maneras lo tuvo un año sin poder recobrar su capacidad dactilográfica. En ese período se vio obligado a dictar el material del manuscrito, lo que no era nada fácil, dada la cantidad de detalles. «El accidente fue gravísimo —me recordaba hace poco—. Con un vidrio de ventana me corté los tendones retráctiles de los cinco dedos al nivel de la muñeca. También me corté la arteria radial y el nervio radial, que me empataron como mejor pudieron. El cirujano que me operó (dos veces) la calificó de “amputación funcional”». Después del accidente se compró una Facit eléctrica, porque todavía no podía teclear con mucha fuerza: «Con estas dos máquinas escribí las 14 000 cuartillas del primer manuscrito».

En el segundo diccionario ha invertido 20 años, y esta vez lo ha hecho todo con una sola máquina: una procesadora de textos. Su mujer, Flor, de origen costarricense, corredora de bienes raíces, tiene computadora desde hace tiempo; pero Javier ha seguido con su procesadora de datos hasta terminar el segundo diccionario. Además de sus obras lexicográficas, ha procreado cinco hijos (tres varones y dos mujeres), ninguno de ellos dedicado a la traducción ni a la lexicografía, aunque sí tienen facilidad para los idiomas.

Hombre apuesto, afable, de sonrisa franca, en el fondo muy serio, Javier Collazo posee además una tenacidad poco menos que heroica. Sólo así se puede explicar cómo ha podido elaborar, por sí solo, dos diccionarios que normalmente exigirían la estrecha colaboración de decenas, cuando no centenares, de personas, como sucede con los grandes diccionarios. Pero con su hacer metódico y continuo, con su intensa concentración, Javier, paso a paso, avanza lo indecible. Además, no se contenta con saber cómo se llaman las cosas en los dos idiomas, sino que necesita averiguar detalladamente cómo funcionan. Por la época en que publicó su primer diccionario, existían ya el Sell, el

Robb y el Castilla (predecesor del actual Beigbeder), todos ellos diccionarios politécnicos sólo de equivalentes. El Sell era bastante confuso y desordenado, pero a veces proporcionaba al traductor equivalentes útiles. El Robb era bastante bueno, pero de alcance limitado, y el Castilla, mucho mejor que el Sell, sobre todo en politecnia general, pero con muy poco de las telecomunicaciones ya existentes y menos aún de las nascentes ciencias de la comunicación. En eso destacó Javier Collazo, que sabía de ese ramo posiblemente más que nadie. Su diccionario llenó para el traductor una gran laguna y una necesidad acuciante, no sólo en esa especialidad, sino incluso en aquellas en que las Castilla sólo daba equivalentes. La naturaleza enciclopédica de los diccionarios Collazo ha sido de una enorme utilidad práctica para el traductor científico y técnico. En cifras redondas, las quince tiradas del primer diccionario, y los casi 100 000 juegos (tres tomos por juego) vendidos dan fe del éxito alcanzado.

En los últimos años de su labor lexicográfica empezó a sufrir fuertes dolores de espalda y en las rodillas, hasta el punto de que poco después de terminar la nueva obra tuvo que operarse, tardíamente, de la rodilla derecha, en la que le colocaron una prótesis complicada. La recuperación ha sido muy lenta y difícil, y todavía no puede caminar bien. Me decía esta semana: «Tengo las piernas tan débiles que casi no me sostienen».

Tal vez nada nos pinte con tanta exactitud la denodada resolución de este autor como un defecto congénito visual que padece. Javier nació y ha vivido y trabajado todos estos años sin visión central —solamente con la periférica— en el ojo derecho, por una malformación del nervio óptico. Todo lo que ha anotado, leído, releído, verificado y vuelto a leer por lo menos dos veces en pruebas de imprenta, lo ha hecho con un solo ojo, el izquierdo. Un ojo que vale por cientos.

Ánimo, amigo valiente y tesonero, no te dejes vencer ahora.